

Cristina Badosa

*Josep Pla. Biografia del solitari*

Barcelona: Edicions 62, 1996

## No es Painter



**H**ACE MUCHOS AÑOS que la profesora de bachillerato Cristina Badosa se ocupa de Josep Pla. La profesora, nacida en 1950, ya le dedicó su tesis de licenciatura en filología catalana: *Estudi crític dels pròlegs de Josep Pla (Evolució de la seva obra)* y entre los años 1977 y 1987 dirigió y elaboró los *Índex de l'Obra Completa de Josep Pla* (Destino, 1988), un trabajo que a pesar de diversos errores de producción y algún planteamiento discutible ha reforzado de manera convincente el carácter enciclopédico de la crónica planiana. Estos índices, que no tienen parangón por lo que yo conozco en la literatura europea, desgastaron sensiblemente a la profesora. A la densidad y complejidad de la tarea —se las tuvo que ver con más de treinta mil páginas por donde desfila un siglo de hechos, nombres y lugares— se añadieron innumerables dificultades técnicas que no viene al caso relatar aquí: baste insistir en que la profesora quedó exhausta. Y sin embargo, aún le quedaba por completar, entonces, lo principal de su inmersión planiana: la tesis doctoral, *Josep Pla. El difícil equilibri entre literatura i política (1927-1939)*, que presentó en la Universidad de Perpinyà en abril de 1993 y de la que un año más tarde se publicaría una versión reducida (Curial, Edicions Catalanes 1994), y le quedaba, en especial, la biografía, la gran biografía que la profesora pensaba dedicar al escritor con el que había convivido intelectualmente durante más de veinte años.

Cuando Xavier Febrés publicó un rápido y exitoso manual sobre la vida de Josep Pla (*Biografia de l'homenot*, Plaza y Janés, 1990) y Lluís Bonada su aproximación biográfica (*Josep Pla*, Empúries, 1991) Cristina Badosa frunció más de una vez el ceño, subrayando su legítimo deseo de ir mucho más allá en su proyecto biográfico: "Yo estoy haciendo una cosa a lo Painter", repetía. La ambición siempre es una buena noticia en la literatura española. Y no digamos ya en su específica aportación catalana. Esa ambición se proyectaba, además, a partir de una referencia colosal —el Painter es el nombre familiar que recibe la minuciosísima y capital biografía de Proust

escrita por George Painter en los años cincuenta (*Marcel Proust. Una biografía*, Lumen, 1992)— y se proyectaba sobre un género literario prácticamente yermo en cualquier cultura subalterna, y por lo tanto en España: el único escritor del siglo XX —y tal vez de todos los siglos— que aquí tiene una biografía a la altura de su obra y de su mito es Federico García Lorca y hubo de escribirla el irlandés —luego le hicieron español en justo agradecimiento— Ian Gibson.

El propósito de la profesora no era descabellado. Ni mucho menos. Nadie como ella había intimado con la obra de Josep Pla. Estaba dotada de las herramientas técnicas que le proporciona su especialidad. Parecía una mujer minuciosa, ordenada y paciente. Conocía el mundo planiano —y sus supervivientes— con una familiaridad envidiable. Se sabía que era la única persona conocida que disponía del testimonio de Adi Enberg, la mujer con la que Pla convivió alrededor de una quincena de años. No era imposible que la frecuentación planiana contagiase benéficamente su escritura y había que anticiparle el nivel de talento que nadie puede negar —*avant la lettre*— a todo ser humano.

Sin embargo, la publicación de su tesis doctoral en 1994 alarmó seriamente a la afición. Aparentemente, se trataba de un desmenuzamiento de doce años de la vida de Josep Pla, cargado de notas a pie de página y donde el testimonio de Adi Enberg era ya muy visible: o sea que todo era como se esperaba, pero sólo a primera vista. Emboscada entre el copioso aparato documental, pero no del todo sepultada por él, despuntaba como una enérgica mala hierba una primera y preocupante inteligibilidad: la profesora atribuía al periodismo un carácter de lastre en el desarrollo de la escritura planiana. Emparedado en el periodismo, venía a decir, Pla no había escrito la gran novela que de él se esperaba. La sentencia tiene una larga y compleja historia. En realidad, la profesora se hacía eco de un reproche que el mundo intelectual catalanista ya había dirigido al escritor hasta el hartazgo durante los años veinte y treinta: “¿Por qué usted, con esa prosa, no nos escribe una novela?”. Se trataba, además, de un reproche *nacional*: eran, como lo son siempre en Cataluña, tiempos de reconstrucción y el plan quinquenal estético exigía una novela, una gran novela catalana para poner a disposición del mundo. Sobraban poetas, so-

braban dramaturgos y faltaban novelistas: Pla tenía que rendir un servicio patriótico y no hay duda de que ahí empezó su vasto camino de traidor. Naturalmente quienes le dirigieron el mencionado reproche —y Badosa muchos años después con ellos— no tenían en cuenta algo muy elemental: la prosa planiana *era así* —y así de buena— porque era periodística. Una prosa —es decir, una determinada organización del discurso— es siempre inseparable del género —es decir, de la estrategia comunicativa— al que sirve. Ignoraban eso e ignoraban también que desde muy joven Pla había hallado en el periodismo su poética y que sus quejas sobre la tiranía a la que le sometía el oficio eran también un rasgo de esa poética: nada más fácil para él, si así lo hubiera querido, que permanecer en Llofriu como un honrado propietario rural, cuidando de sus tierras y de su bufete y escribiendo al caer la tarde, con los leños crepitando. Si optó por el periodismo fue en respuesta a la apelación de la realidad. Cuando Pla insistía con tanta frecuencia en que él era un escritor sin imaginación no estaba practicando ningún tipo de coquetería intelectual: daba cuenta, sólo, de las limitaciones —es decir, del gusto— de su escritura. La obsesión por la novela, finalmente, perseveraba en el escaso y tradicional aprecio que la modernidad literaria española ha demostrado por las formas literarias no ficcionales y que entre otras consecuencias ha supuesto la práctica desaparición de un siglo —el magnífico XVIII de los magníficos Jovellanos, Cadalso, Moratín y Blanco White— de la historia literaria.

A pesar de eso, la segunda alarma que el estudio de Badosa hizo sonar fue todavía más estridente. Más estridente y más inesperada, porque afectaba al rigor en el uso de las fuentes, una elementalísima condición de la solvencia intelectual. La tesis doctoral dedicaba una atención muy significativa, cuantitativamente hablando, a la investigación de las actividades de espionaje profranquista de Adi Enberg y Josep Pla, en la Marsella de 1937. Era evidente, por la abundancia y rareza testimonial y documental de las notas, que la profesora había dedicado un gran esfuerzo a intentar probar el sordo y antiguo rumor que hacía de Pla un espía al servicio de Franco. Y era evidente, como suele pasar aún en las investigaciones a las que uno dedica tiempo, ardor y lo mejor de sí mismo, que ni de la consulta en archivos franceses, ni del propio testimonio de Adi Enberg, ni de todos los rastros que con encomiable

vocación siguió había surgido ni una sola prueba determinante. Cualquier investigador razonable habría reconocido su fracaso y adaptado a ese signo inexorable el espacio que iba a dedicar al asunto en su obra. Pero Badosa pensó, tal vez, que no podía dilapidarse semejante inversión de tiempo y de esfuerzo. Así rellenó su tesis con varios capítulos sobre las actividades del SIFNE (Servicio de Información del Nordeste de España) de un valor muy relativo, incluso en una tesis sobre el SIFNE. Pero semejante excursio tenía que toparse tarde o temprano con la pregunta crucial que había llevado al lector allí: ¿Qué hacía Josep Pla en Marsella? Las primeras respuestas de la profesora eran genéricas: pasear, escuchar conversaciones, bajar hasta el puerto para observar el trasiego de los buques... Hasta que finalmente, y cuando el lector ya estaba a punto de irse, la autora lo asía por la solapa diciéndole algo muy parecido a esto: Y ahora escuche: una mañana Josep Pla consiguió que zarpara del puerto de Marsella un barco que llevaba armas para la República. Consiguió que zarpara, y a la altura del Cabo de Creus el barco fue hundido por una flota franquista. Por lo tanto sepa usted que Pla cumplió bien su trabajo de espía. ¿Cómo había llegado a semejante conclusión? La respuesta es que “un catalán con boina había dado la orden de partir al capitán”. Lo transcribo en comillas, porque eso consta así en su tesis doctoral. ¿Quién había visto al catalán con boina? ¿El vicecónsul del gobierno de la República? ¿Quién había identificado al catalán de la boina con Josep Pla? No lo dice la profesora. Tampoco dice la profesora si Josep Pla solía llevar boina en el año 1937. Ni siquiera nos explica cuál era la moda ¿capilar, capelar? en 1937. ¿Quién le ha explicado todo eso a la profesora? El señor Avel·lí Artís Gener, que lo había escuchado a su vez del cónsul de la República, Joaquim Ventalló, que a su vez lo había escuchado del vicecónsul, cuyo nombre ya no consta, y a quien seguramente se lo había explicado, zarpado el primer relente, un fornido marinero con camiseta a rayas de los que suelen encontrarse en cualquier postal de Marsella. Pero cómo trabajaba Badosa sólo llegamos a saberlo de verdad una página más adelante: en la 387 de su tesis. La nota 26 describía un encuentro entre el señor Josep Maria Llompart, el señor Moll —dos intelectuales mallorquines, uno más grande que el otro— y el señor Pla. En can Moll, Llompart era el cronista del encuentro. Dice Badosa, traducida del catalán: “Josep

María Llompart me contó, en abril de 1992, cómo Pla borracho y llorando, les había confesado, a él y a Moll, que había sido espía de Franco”. Dado el valor que otorga al testimonio de un borracho —o tal vez de dos, que no se dice si había bebido y cuánto Llompart aquella noche— y a la relación que establece entre la borrachera y la verdad, es una lástima que la profesora escribiera su tesis tan perfectamente sobria.

En los últimos meses de 1996, la profesora publicó su *Painter*. Lo llamó *Biografía del solitari* (Edicions 62, 1996). Había quedado reducido a la transcripción otra vez reducida de la tesis —sorprende que la edición ni siquiera se molesta en transcribir las notas de los correspondientes capítulos comunes— incluidos todos sus errores. El resto no era más que una desganada sucesión de datos y fechas, muy conocidos para cualquier frecuentador del magma planiano. Después de veinte años, el problema no era que Badosa hubiera acabado odiando a Pla, sino que lo odiara tan cansinamente. Entre los errores de la biografía los había estructurales: la profesora seguía insistiendo en el carácter autobiográfico de la obra de Pla, cuando tal obra es, sobre todo, una enorme crónica que en casi ningún momento incorpora al cronista; los había meramente estilísticos: la capacidad de reducir una vida como la planiana, cargada de ritmo, variación y épica a un encefalograma plano, demostraba que un mal escritor siempre escribirá una mala biografía; los había morales: solo el afán de venganza personal explica el trato que recibe en la obra el editor Josep Vergés; los había psicológicos: Badosa se mostraba incapacitada para comprender el sentido terrible y perverso de los dos viajes que el ya muy viejo Pla realizó a Argentina para ponerse en brazos de la puta Aurora, a quien había amado —dos páginas le dedica a todo eso—; los había puramente de investigación: es patético comprobar cómo despachaba en un par de párrafos los 15 días más bestias del escritor —fue en el invierno del 1939 cuando Pla se dio cuenta que había perdido la guerra que creyó ganada, cuando decidió volver a Llofriu para recuperar el tiempo perdido (*Retorno sentimental de un catalán a Gerona* creo recordar que se titulaba el artículo que escribió entonces para *La Vanguardia*, su adiós a todo eso), cuando dejó a Adi Enberg en la playa de Fornells... Y había, desde luego, un error, un equívoco fundacional: *Biografía del solitari* no era la biografía de Josep Pla sino la de la que fue su esposa durante más de una década,

Adi Enberg Wretman. Durante los últimos ocho meses de su vida, la señora Adi Enberg recibió con una cierta frecuencia a la profesora que quería escribir una biografía sobre Pla. La recibió y le explicó lo que una mujer de 88 años, al cabo de su vida, recordaba y quería recordar. Una mujer que, seguramente, había amado mucho a Josep Pla y que, seguramente, nunca había sido amada por él del mismo modo. Una mujer que en los miles y miles de páginas de la *Obra Completa* apenas recibía otro homenaje explícito que el de verse citada en un par de ocasiones al puro nivel de las iniciales. Una mujer, en suma, que había quedado inequívocamente al margen del personaje literario que Josep Pla hubo de construirse para explicar su tiempo. Una mujer a punto, pues, para una postrera venganza: la de construir, a través de Badosa, es decir, a través de la que aspiraba a convertirse en su biógrafa indiscutible, la imagen canónica de Josep Pla: un Pla ruin, despótico, cobarde, sucio y misógino. Pero sobre todo un Pla que sólo había sido un escritor serio y profundo mientras anduvo reposado sobre su alto lomo de noruega. Ni que decir tiene que la profesora picó el anzuelo. Con pocas consecuencias, afortunadamente: Adi Enberg y su venganza, no con-

taban con que la biografía canónica de Josep Pla quedara reducida a ese informe despropósito sin posibilidad alguna de fijar para la posteridad —aun para la más inmediata— una imagen firme y duradera de Josep Pla.

Cualquier crítica supone siempre una tentativa de explicar un misterio: el por qué un libro es bueno o es malo. Creo haber expuesto, y no sin contención, las razones por las que el trabajo de la profesora Badosa merece un suspenso categórico. Sin embargo, sería injusto que no expresara mi perplejidad ante la magnitud del fracaso de quien estaba llamada a escribir sobre Pla mejor que ninguno de sus contemporáneos. Y sería injusto también que no dijera que, exprimido el juicio, no alcanzo a formarme una hipótesis clara sobre el por qué la profesora de bachillerato Cristina Badosa no cumplió el pronóstico. Lo incuestionable es que durante muchos años, quizá demasiados, se alimentó de Pla. Entiendo su cansancio: pero es inmoral que ese espléndido alimento nos lo haya devuelto regurgitado.

Arcadi Espada